

so de Luján mandando la retaguardia, cuando se escuchó gran estruendo de gritería: eran los indios cochuahes que habían atravesado la laguna y venían en persecución de los españoles. Inmediatamente Dávila hizo detener la fuerza, y, volviendo el frente contra el enemigo, fué á ocupar un llano donde la caballería pudiese maniobrar. D. Alonso de Luján tomó uno de los caballos que llevaban los heridos, lo montó, y, batiendo las piernas con las espuelas, se arrojó al pantano por donde los enemigos venían, los cuales, al ver tanta intrepidez, no se atrevieron á esperarle, y, retrocediendo rápidamente, se pusieron en salvo tras de la laguna. El sol, ya bajo, iluminaba con un tinte pálido amarillento los troncos enhiestos del sombrío oquedal, cuando los españoles, libres de riesgo de enemigos, continuaron su marcha siempre bajo la dirección del cautivo guía que á través de los bosques debía conducirlos. El camino era escabroso, porque, fuera de lo tupido de la selva, se conocía que en días anteriores algún huracán desencadenado había azotado aquellos lugares, pues á cada paso se encontraban con grandes árboles caídos, arrancados de cuajo, atravesados y sirviendo de estorbo al paso. Y para que el viaje fuese más melancólico, mientras las cigarras cantaban con chirrido estridente, una plaga de mosquitos, con eterno zumbido, se cebaba en nuestros viajeros con dolorosas y frecuentes picaduras.

A las doce de la noche, alcanzaron un pueblo de diez casas, y, aunque estaba desamparado de sus habitantes, tuvieron algún alivio, por el maíz que hallaron, y porque pudieron dormir y descansar hasta la madrugada.

Al día siguiente, se encontraron con otra partida de gente armada: hubiera sido una calamidad que fuesen atacados los españoles en aquellas circunstancias en que casi todos se hallaban casi al echar el alma, de heridos, cansados y flacos; por fortuna la partida de indios huyó, y pudo seguir Dávila su marcha sin obstáculos, durante dos días, hasta Chablé, si bien completamente persuadido de que todo el país estaba levantado, y que vientos de guerra corrían por todo su ámbito.

Así era en realidad: Chablé mismo, que siempre se había mostrado amigo, estaba soliviantado; todos sus habitantes convertidos en guerreros; y la salida al camino de Cochuah fortificada con albarradas, suponiendo que por este camino habrían de regresar los españoles. El guía, sin embargo, había sacado á Dávila por la parte opuesta del pueblo donde se habían retirado á resguardarse las mujeres, los niños y los ancianos. Grande pavor infundió á éstos la aparición repentina de los extranjeros por donde menos esperaban, y, temerosos, apelaron á la huída, y guerreros y familias, todos abandonaron el pueblo, dejando á Dávila en completo aislamiento.

No quiso el jefe español demorarse en Chablé, y á las primeras luces de la aurora levantó el campo, tomando un camino oculto para dirigirse á Macanhá, pueblo el más inmediato á la laguna de Bakhalal donde debía embarcarse. Siquiera los habitantes de Macanhá no estaban rebelados: salieron á recibir á Dávila con muestras inequívocas de amistad, le ofrecieron bastimentos, y le prestaron gustosos toda clase de servicios. Pudo descansar allí

dos días, siempre sobresaltado, temiendo alguna asechanza, que por esta vez no se realizó: sin tropiezo fué hasta Bakhalal, y, encontrando sus canoas, se embarcó para Villa Real á juntarse con la guarnición, parte de la cual se componía de cojos, mancos y enfermos.

No fué poca maravilla que hubiese podido regresar Dávila sano y salvo de esta expedición en que los trabajos fueron asombrosos, las penalidades incomensurables y los peligros de muerte cotidianos; pero todavía es más digno de encomio cómo pudo conservar su autoridad en medio de tantas contrariedades, sin poder ofrecer á sus subalternos ni la más leve fortuna, ni la esperanza de mejor porvenir, ni la seducción de un premio. Sólo se puede explicar el ascendiente que ejercía sobre sus soldados, por las dotes que le adornaban de experto y entendido capitán, de gentil y perfecto caballero, y de hombre generoso y humano. Esforzando en la lucha, severo en la disciplina, vigilante en el campo, sabía al mismo tiempo dar amenidad á sus relaciones sociales por el trato afable, por la agradable conversación, por la franqueza y liberalidad que le hacía compartir cuanto tenía con sus compañeros y amigos. Brillaba otra virtud en él, y era el cuidado de la salud y vida de sus soldados más que de las suyas propias: de su misma mano curaba á los heridos y les prodigaba consuelos; se olvidaba de sí mismo cuando se trataba de economizar dolores á los lisiados ó enfermos; renunciaba el caballo para cederlo al soldado herido; y empuñaba el machete ó el puñal vizcaíno para romper un camino, si eran escasos los que estaban en ap-

titud de hacer tan ruda tarea. Además, poseía un teniente que no le iba en zaga ni como militar, ni como caballero: era D. Alonso de Luján, que siempre se mostró tan valiente como discreto y hábil.

El ayuntamiento de Villa Real, de concierto con Alonso Dávila, dispuso oraciones y plegarias públicas en el templo, en acción de gracias por la vuelta de los expedicionarios. Luego se empezó á discutir cómo poder comunicarse con Montejo y esclarecer la verdad de los siniestros rumores que corrían. Se decía que Montejo había sido también crudamente hostilizado y obligado á salir de la tierra, y que, con toda esperanza perdida, se había embarcado, en Campeche, para México.

Decidieron, como único medio realizable, el prender á algunos indios principales de los contornos, para tenerlos en rehenes, y ofrecerles la libertad si hacían llevar cartas al Adelantado y traer la respuesta. Concertada la medida, se esperó la ocasión favorable, la cual no tardó en presentarse: se supo que en la embocadura del río Noh-Ukum se estaban reuniendo y cargando varias canoas de comercio que debían hacerse á la vela llevando mercancías al río de Ulúa en Honduras. Martín Villarubia recibió órdenes de ir en una canoa, con un piquete de soldados, á prender las canoas y á los comerciantes, y traerlos á Villa Real. Villarubia fué y cumplió fielmente su comision: aprisionó canoas, mercancías, propietarios y comerciantes, y los llevó á la presencia de Dávila. Entre los presos estaba el hijo del cacique de Tapaén, tal vez Tipú, y esto fué un tesoro en sumo apreciable para que el jefe español desarrollase sus planes. Los puso en

prisión, suavizada con el mejor tratamiento posible, y los animó, ofreciéndoles, que si hacían llevar á Campeche unas cartas dirigidas á Montejo y se traía la respuesta, no solamente les devolvería la libertad, y les retribuiría sus canoas y mercancías, sino que, por añadidura, les haría preciosos regalos. El príncipe de Tapaén propuso que fuesen á llamar á su padre; y que de seguro, por librarle del cautiverio, se prestaría á complacer los deseos de Dávila. Venido el cacique de Tapaen, se comprometió á remitir las cartas, pidiendo término de treinta días para que volviese el mensajero con la respuesta. Excesiva fué la satisfacción de Dávila, y ya creía estar leyendo cartas del Adelantado que le sacasen de la cruel incertidumbre que le tenía de mal talante. Transcurrió el término y la respuesta no vino. Dávila empezó á entrar en sospecha de que le estaban engañando: reclamó seriamente al cacique de Tapaén, y éste se sinceraba diciendo que las cartas habían sido remitidas con diestros y hábiles postas; pero que éstos probablemente habían sido cogidos por los enemigos y asesinados sin piedad, según que tanto tardaban. Para salir del enigma, Dávila prendió al cacique y á sus cortesanos, y les mandó dar tormento, con el fin de averiguar en qué habían parado las cartas. En aquel siglo la tortura se estimaba generalmente como medio de pesquisa de los delitos, y Dávila rindió tributo al error de su época. En el tormento algunos indios confesaron que la remisión de las cartas era puro embuste, y que el cacique no se había cuidado de enviarlas á su destino. Con todo, Dávila no perdió la serenidad, y, con la mayor calma, intentó ver

si corría mejor suerte con el hijo que con el padre: púsole en libertad, dióle nuevas cartas para enviar, y conservó al cacique en rehenes. El hijo del cacique se deshizo en ofrecimientos, promesas y seguridades, como sucede siempre que se recibe un beneficio; mas apenas respiró los aires de su pueblo, se olvidó de sus ofertas, y no pensó ni en su padre cautivo, ni en volver á Villa Real. Viendo Dávila que la respuesta tardaba, y que el príncipe de Tapaén se hacía rémora en volver, fué á sus dominios; mas á pesar de sus esfuerzos no consiguió avistarse con él. Prendió algunos indios, y de ellos supo que el príncipe se había burlado de él, y que en todo pensaba menos en cumplir sus ofrecimientos. Hubiera deseado tenerle á la mano y castigar su deslealtad; pero los presos le revelaron hechos de gravedad que apresuraron su vuelta á Villa Real. Supo que los caciques circunvecinos, alentados y altivos, se habían coligado para batirlo y arrojarlo de su país, ó bien exterminarlo con toda su gente, y que ya las tropas de los aliados se estaban reuniendo á gran prisa para ir á sitiar á Villa Real.

Comprendió inmediatamente Dávila el serio peligro que corría de ser copado, y así, se apresuró á volver á Chetemal y aprestarse á vigorosa defensa. La nueva debía de ser cierta, porque unos días antes de su salida de Villa Real ya le habían hecho alguna hostilidad, robándole algunas de las canoas surtas en el puerto. No obstante, ó hubo exageración, ó los coligados desistieron del sitio, pues pasaron muchos días sin que se declarase la guerra. Volvió á entrar la confianza en Villa Real, y como

los víveres escaseaban, salió Francisco Vásquez, en canoas, con un piquete de tropa, á surtirse de maíz.

En ausencia de Vásquez, un día se distinguieron desde la costa varias piraguas que se dirijian al puerto: se creyó primero que era Vásquez que regresaba de su correría; no fué así: eran diez y nueve canoas tripuladas y armadas por indios que en número de doscientos semejaban venir de guerra y listos para un desembarque. Se tocó alarma en Villa Real; todos se dispusieron á la pelea; y por momentos se esperaba que el enemigo saltase en tierra para arremeter contra él, pues ausente toda la flota de canoas, nada se podía hacer en el mar. Las piraguas indias se pasearon tranquilamente en el puerto sin hacer la menor muestra de hostilidad, y no hallando nada en que hacer presa, se retiraron.

Al otro día, llegó Vásquez de su expedición, y, no queriendo Dávila dejar de escarmentar á los indios que le habian pasado junto á las barbas impunemente, ordenó al capitán Villarubia que con dos canoas saliese á su alcance y los batiese. Por más rapidez que empleó Villarubia en salir á la mar, no tuvo la suerte de topar al enemigo, y, desvanecida toda esperanza de atacarle, se volvió á Villa Real. En el camino, de vuelta, una de las canoas se adelantó á la otra en que iba Villarubia, y, al entrar al puerto, la que iba delantera fué detenida por varias canoas de indios, que, viéndola sola y aislada, le declararon las hostilidades. La refriega se empeñó entre la canoa y las piraguas con gran daño de los españoles, de los cuales dos cayeron heridos mortalmente por las flechas. En ese momento, Dávila mandó que saliesen algunas canoas en auxilio

de la que estaba tan fuertemente asediada. Por su lado Villarubia, oyendo las descargas, hizo fuerza de vela, y acudió presuroso á ayudar á su gente. Las piraguas indias entonces escaparon presurosas, considerándose impotentes para resistir á las fuerzas cómbinadas de los españoles.

Entró Villarubia á Chetemal con la nueva de la muerte de los dos soldados acaecida en la refriega, y Dávila se confirmó en la persuasión que tenía de que las hostilidades no cesarían. Continuaron, en efecto, por mar y por tierra, varios días consecutivos. Se empezó á carecer de víveres, porque los indios se negaban abiertamente á proporcionar bastimentos, los cuales se arrancaban á viva fuerza. Los soldados estaban aburridos de trabajos y contrariedades: estaban privados de todo; ellos se recosían sus trajes, y lavaban su ropa blanca; sus rostros se habían ennegrecido bajo el ardiente sol; era necesario renunciar á establecer comunicaciones con Campeche por tierra, atendida la cortedad del ejército, y la multitud de los enemigos; los caballos estaban reducidos á ocho; entre capitanes y soldados once habían perecido; en más de un año de permanencia en Chetemal no los había visitado ningún buque español, y, en consecuencia, carecían de noticias de sus compañeros de armas: en situación tan angustiosa, se imponía la necesidad apremiante de abandonar el puerto.

Alonso Dávila no quiso cargar solo la responsabilidad de tamaña determinación: reunió al ayuntamiento, y en sesión plena se deliberó acerca de la conveniencia de que la plaza se desalojase. Alcaldes y regidores, sin discrepancia, bajo juramento y

por escrito, votaron que debía desampararse Villa Real, y salir por mar, costeano hacia el sur, hasta dar con la primera población ocupada por españoles; que, una vez allí, pidiesen al gobernador de Honduras auxilio de gente, armas y caballos para continuar la guerra contra los mayas; y que se despachasen mensajeros, por mar ó por tierra, comunicando á Montejo la situación en que se encontraban, á fin de que él también enviase socorros é instrucciones sobre el plan que había de seguirse en la nueva campaña.

Oido el voto del ayuntamiento, Dávila determinó salirse por mar, sin demora, de Villa Real. Mandó preparar treinta y dos canoas, amarrándolas de par en par con cuerdas y bejucos: cargólas de víveres, embarcó toda su gente, y levantó el campo una noche, con todo sigilo y cautela para no ser perseguido. Los mayas debían de tener sus espías que atisbasen los movimientos de los españoles, pues á poco de haberse dado éstos á la vela, toda la costa y el interior de la tierra se pobló de hogueras que con sus fulgores alumbraban aquella tristísima retirada: los árboles circunvecinos aparecían como con los reflejos de un incendio: eran los avisos que se daban los indios de Guaymil para anunciar la fuga de los extranjeros, y el somatén que tocaban para levantar á cuantos guerreros se pudiese para que corriesen en persecución de los fugitivos y les diesen el golpe de gracia.

Así fué: de varios puntos de la costa se desprendieron piraguas de indios guerreros que fueron en pos de los españoles, siguiéndolos á corta distancia hasta el día siguiente en la tarde. Ambos

contendientes se miraron con respeto y se guardaron de hostilizarse.

A la mañana, con el terral que sopló, las canoas se engolfaron hasta perder de vista la tierra; pero á la tarde la brisa empezó á soplar, volvieron á reconocer la costa, y así en los días consecutivos, engolfándose de día y costeano por la noche, continuaron su viaje hasta que salieron de la bahía de Chetemal y penetraron en el mar de las Antillas. Cuando hallaban la costa solitaria, desembarcaban en alguna playa seca y salubre, lo cual era raro, porque lo más de la costa estaba sembrado de ciénagas y esteros profundos y extensos. Otras veces desembarcaban cerca de la embocadura de algún río, sacaban los caballos y descansaban allí algún tiempo. Se mantenían con maíz, frutos de palmeras, cangrejos, y con el peje que pescaban en la mar. En esta navegación les fué de mucho provecho una planta textil llamada henequén, de la cual habían aprendido de los mayas á sacar una fibra resistente, propia para hacer cabuyas. La utilizaban mucho en fabricar redes: en la costa encontraban un gran número de estas plantas, las cortaban, colocaban cada penca sobre un tronco de tres piés de elevación, y peinándola luego con un madero terminado en corva ó arqueadura, separaban la pulpa, y aislaban la fibra, que, seca luego al sol, quedaba lista para toda clase de cabuyería.¹

¹ «Ay otra suerte de arbol que los indios llaman *qui*, y los españoles *maguey*, vocablo ysleño, este arbol echa unas pencas como de cardo de una braça de largo más y menos, y la punta es una pua muy tiesa, deste arbol ay gran aprovechamiento para yndios y españoles porque sirve en lugar de cáñamo, porque de las pencas que tiene se saca el hilo raspandolas con un pa-

El maíz que llevaban llegó á consumirse, y fué preciso arbitrar medios de hacer nueva provisión de él. Estaban frente á la embocadura de un río; anclaron las canoas, y, desatadas dos de ellas, se ordenó que una subiese al río hasta topar con algún pueblo de indios donde pudiese hacerse algún botín de provisiones. La canoa volvió cargada de maíz, y también trajo algunos prisioneros que les eran muy útiles para el trabajo de remar: los ponían á bogar, mas como los mayas no se acomodaban á la servidumbre y se arrojaban al mar con ánimo de alcanzar al nado la costa, de ordinario, para asegurarlos, les ponían cormas en los pies. El buen éxito obtenido en este asalto convirtió este medio de hacerse de provisiones y remeros en recurso común durante el viaje, y, siempre que empezaban á carecer de provisiones, desembarcaban é iban á asaltar alguno de los pueblos cercanos, que no eran escasos entonces en aquella costa, pues estaba bien poblada y lo estuvo en tiempos anteriores, y de ello son prueba patente las ruinas de edificios antiguos que todavía se conservan.

Un día, tocóle á D. Alonso de Luján salir en busca de provisiones. Habían desembarcado en la desembocadura de un río, y en sus riberas habían asentado el real, como de costumbre. Subió Don Alonso con seis canoas á lo largo del río, y después de bastantes fatigas estuvo frente á una aldea de numeroso caserío, en la cual esperaba hacer rico botín de bastimento. Por desgracia suya, en el ins-

lo y dél se hacen todas las cosas que del cáñamo, de la raíz deste arbol hazian los yndios el vino mezclado con miel y otras raises de arboles pero la rrais deste era la más principal.» *Relación de Don Martín de Palomar á S. M.*

tante de avistar la aldea, descargó una lluvia torrencial, y como la barranca era altísima y escarpada, le fué imposible saltar en tierra, por más que se empeñó en ello. Pensando estaba todavía qué partido tomar, cuando la lluvia se convirtió en tormenta desencadenada; el río empezó á crecer rápida y desmesuradamente; el viento arreció; las nubes se desgajaban del cielo convertidas en cortinas de agua, que velaban hasta los objetos más cercanos; la corriente, cada vez más impetuosa, arrollaba cuanto encontraba en su paso. A poco, el río traspasó el nivel de la barranca, las aguas inundaron la tierra, y la aldea quedó convertida en una laguna. Las canoas llevadas de un lado y otro, empujadas violentamente por el viento y las aguas, fueron á dar unas sobre las casas de la aldea; otras se atascaron en el fango; y no faltó alguna que quedó encaramada sobre árboles corpulentos del bosque. Los tripulantes y soldados, arrojados de á bordo como pelotas, alcanzaron á nado los árboles, y se treparon á ellos como monos para guarecerse y esperar que la procelosa tempestad se disipase. D. Alonso de Luján acertó á alcanzar un esquife, y metiéndose en él como pudo, en compañía de un muchacho indio, se dejó llevar de la corriente, con idea de salir á la desembocadura del río donde estaba el cuartel general. No tardó el esquife en volcarse, y en caer al agua los intrépidos tripulantes. Estos, sin embargo, serenos é imperturbables, se agarraron con ambas manos al esquife volcado y se dejaron arrastrar desoladamente hacia lo desconocido. Quiso la buena suerte que próximos ya á entrar en la mar, molidos y medio muer-

tos, fuesen distinguidos por los centinelas del real. Salió inmediatamente una canoa á socorrerlos, y merced á este auxilio eficaz, pudieron librarse de una muerte segura,

Don Alonso de Luján no se olvidaba un momento de sus soldados mientras se reponía de los quebrantos sufridos en su terrible lucha con las aguas, y así, al día siguiente, viendo el cielo sereno, nadie pudo impedirle ejecutar su determinación de ir en persona á socorrer, recojer y salvar á sus infelices soldados sorprendidos en la ribera por la violencia de las aguas, y de quienes no se sabía si eran vivos ó muertos. Fué con diez canoas, y encontró la aldea abandonada de sus moradores, y á sus soldados posesionados de ella, viviendo como en su propia casa. Los reunió á todos, puso á flote sus canoas, las cargó de maíz, frijoles, miel y camotes, y regresó á juntarse con Dávila.

Luego siguieron su navegación hacia el sur, sin otro incidente memorable, si no fué el de haberse encontrado á menudo con canoas mercantes cargadas de mantas, sal, copal y miel, que iban de Yucatán á Ulúa, y otras que cargadas de cacao volían de Ulúa á Yucatán. A veces Dávila, viendo aquellas canoas mercantes tan andadoras y marineras las envidiaba para sí, y, pasando del deseo al hecho, les daba caza, las aprisionaba, y se trasladaba á ellas, pasando los indios y su carga á las suyas y dejándolos en libertad para continuar su camino, si bien con pérdida de sus embarcaciones más veleras, de las cuales se apropiaba sin más derecho que el de la fuerza.

Al ponerse los españoles á la altura del Golfo

Dulce estuvieron en riesgo de naufragar: la fuerza de la corriente los aventó á largo trecho en alta mar, con las canoas desvencijadas y haciendo agua. Un suceso imprevisto hubo de salvarlos: el viento reinante los arrojó hacia un promontorio donde hallaron buen abrigo y playa ancha y buena para desembarcar y descansar. De allí, continuaron hasta un río, adonde los convidó á bajar á tierra el aspecto del país, en extremo deleitoso por su frescura, feracidad y agrado. En efecto, saltaron á descansar, y no sólo pasaron el día, sino que decidieron dormir en tierra, fastidiados de los vaivenes marinos. Justo era que tomaran algún reposo; mas el gusto de tomarlo les hizo cometer una imprudencia que les costó bien cara, y causó la muerte de algunos infelices: dejaron las canoas sin gente de mar y únicamente al cuidado de los indios remeros, y éstos aprisionados en cormas para que no se escapasen: sopló en la noche el viento del norte y refrescó tan fuertemente que á las canoas faltaron sus anclas y se perdieron, y los indios remeros se ahogaron todos por no haber podido echarse á la mar.

A la mañana siguiente, ni rastro quedaba de las embarcaciones y fué preciso resignarse á continuar la peregrinación á pié. Dávila ordenó que los más enfermos é impedidos de andar montasen á caballo, y que los demás, incluso él mismo, fuesen á pié por la playa, con lo cual tenían la seguridad de no extraviarse y tocar algunos de los puertos de aquel litoral. Llegaron á Puerto Caballos, y allí, con grande satisfacción, pudieron orientarse, pues hasta aquel día habían ignorado á punto fijo el lugar en que se encontraban. Estaban ya en Hondu-

ras, y el término de su jornada no estaba distante. Alentados por el estímulo de alcanzar el fin del viaje, siguieron adelante, y llegaron á las deliciosas márgenes del río de Ulúa, cubiertas de granjas, unas en frente de otras, de huertas y plantaciones de cacao. Entre los arenales de la playa, acertaron á ver, medio cubierta por el cascajo y la arena, una canoa grande: la consideraron buen hallazgo; la limpiaron y carenaron hasta ponerla en buen estado de navegar; metieron en ella veinticuatro hombres, y para probar fortuna se propusieron subir el río de Ulúa, quizá con el propósito de asaltar alguna de las granjas que tan risueñas se levantaban por una y otra ribera, y que con sus plantaciones pregonaban que sus habitantes debían estar bien provistos de bastimentos. Después de navegar tres leguas río arriba, empezaron á sufrir los ataques que desde las orillas les hacían con flechas los indios, decididos al parecer á impedirles todo desembarque. Semejante resistencia quitó todo ánimo á los españoles, pues no estaban para pelear, flacos, sin armas y extenuados de tantas privaciones y batallas: prefirieron retirarse, bajar el río, y volverse á donde sus compañeros estaban. La única provisión que hicieron fué de mameyes que pudieron cojer de una plantación abandonada en la orilla. Era tanta la necesidad por que estaban pasando con la carencia de víveres y la dificultad de proporcionárselos, que aun los huesos de los mameyes recogieron en gran cantidad para fabricar con ellos una especie de poleada que les sirviese de alimento.

Continuando su camino, parte de los soldados

se embarcó en la canoa, que iba costeando, y parte iba por tierra á pié. En esta forma llegaron á Trujillo á mediados de Marzo de 1533.

Gobernaba allí á la sazón el contador Andrés de Cerezeda, por muerte del gobernador Diego Albités.

Apenas descansados del viaje, se presentaron Dávila, los alcaldes y regidores de Villa Real ante Cerezeda y el tesorero Juan Roano, y, por memorial escrito y presentado ante escribano, solicitaron se les permitiese proveerse de gente, armas y caballos en la ciudad, y que se les diese toda clase de auxilios para volver á la conquista de Yucatán, no sin antes hacer una narración extensa de todas sus hazañas desde su salida de Campeche.

Cerezeda proveyó á la petición, negándose á dar todo socorro de gente ó armas, á causa de la grande escasez que había de ellas para la defensa de la misma gobernación de Honduras; no obstante, les permitía comprar caballos, siempre que lo hiciesen con su propio dinero, pues tampoco estaba en disposición de proporcionarles del suyo, ó del erario, atendida la penuria en que se encontraba. Además, permitía que Dávila saliese cuando le pareciese, con toda su gente, á juntarse con Montejo, y para ello le proveyó de víveres suficientes, y aun le invitó á embarcarse en un navío que debía darse á la vela para las islas de Cuba y Santo Domingo.

Veinticinco días estuvo Dávila en Trujillo, y al cabo de ellos se embarcó con su gente en un navío que de Cuba había ido, y en él se trasladó á la villa de Salamanca de Campeche, adonde llegó en Junio de 1533, y encontró al adelantado Montejo,

con el cual conferenció, contándole todo lo sucedido en el viaje, é invitándole para poblar Puerto de Caballos y la tierra adyacente al Golfo Dulce.

CAPITULO XII

Expedición del Adelantado Montejo y su hijo por la costa del Norte.—Desembarque en Ixil ó Chicxulub.—Correrías por el cacicazgo de Cehpech.—Residencia de tres meses en el distrito de Maxtunil.—Partida á Yilam.—Desembarque en Yilam.—Amistad con los caciques de Yilam y Yobain.—El adelantado Montejo se dirige á Teoh.—Graciosa acogida del cacique de Teoh.—Manifiesta Montejo su propósito de fundar una población de españoles, y los Chelés le proponen, como lugar adecuado, el asiento de Chichen-Itzá.—El ejército se pone en movimiento para Chichen-Itzá, y antes de llegar es atacado por los Cupules.—Derrota de los Cupules.—Correrías por el Noreste hasta la provincia de Ekab.—Los españoles se establecen en Kantanenkin.—Son atacados por los de Ekab, y retroceden en busca de Chichen-Itzá.—Llegada á Chichen-Itzá.—Fundan una población con el nombre de Ciudad Real.—Alianza con los Xiues.—Repartimiento de los pueblos.—Muerte del Cacique Nacon Cupul.—Rebelión de los Cupules.—Sitio de Chichen-Itzá por los Cupules, Cochuabes y Ekabes.—Los sitiadores resuelven rendir á los españoles por hambre.—Salidas inútiles de los sitiados.—D. Francisco de Montejo, el mozo, reducido al último extremo, decide abandonar á Chichen-Itzá.—Estratagema del perro y de la campana.—Los españoles salen de Chichen, burlando la vigilancia de los sitiadores.—Caminan rumbo á la playa, y salen por las ciénagas de Buctzotz.—Vuelven á Teoh, donde el adelantado Montejo los esperaba con algunos compañeros.—Regreso á Yilam.—Se embarcan para Campeche.—El adelantado Montejo encarga á Dávila una exploración por el interior.—Los indios atacan á Campeche.—Grave riesgo que corrió el adelantado Montejo.—Se embarca para Veracruz y México.—Da cuenta á la Audiencia de sus operaciones.—Es repuesto en el gobierno de Tabasco.—Se le concede el gobierno de Chiapas y Honduras.—Envía á Gonzalo Nieto con dos navíos á Campeche.—Don Francisco de Montejo, el mozo, se encarga del gobierno de Tabasco.—Gonzalo Nieto desampara Campeche.—Ningún español queda en Yucatán.

Luego de haber salido Dávila para Cochuah y Uaymil, á mediados de 1531, partieron de Salamanca de Campeche, el Adelantado y su hijo D. Francisco de Montejo, el mozo, en un galeon y otros na-